

cínicamente literario. Este libro debiera servir de ejemplo para explotar entre nosotros cantera tan opulenta.—A. T. S.



«AULA MAGNA O LA SIBYLA Y EL FILOSOFO», por *Alberto Zum Felde*.

Alberto Zum Felde, el talentoso escritor y crítico uruguayo, acaba de publicar un nuevo libro. Su producción, vasta y nutrida, le ha colocado en un puesto prominente en la vida intelectual de América. Entre lo más orgánico que tiene como fruto de su espíritu, hay que mencionar la poderosa estructuración del movimiento literario uruguayo, habiendo organizado los distintos ciclos de su impulso histórico. Al respecto siempre será de gran valor su obra monumental acerca de la historia de la literatura uruguaya, porque palpita en ella el poderoso flujo del espíritu de ese país. Aparte de ello, cabe colocar en un plano de dignidad y perenne valoración, no obstante la transformación que en el ajuste de los valores ha hecho el tiempo, ese libro suyo tan leído en el continente y que lleva el siguiente título: «Crítica de la literatura uruguaya». El autor ha sabido concentrar en sus páginas, como amalgamada en la carne de las circunstancias, cierta corriente vital de su tierra y de América, que prestan en todo momento sangre auténtica y sentido de las posibilidades de nuestra cultura.

En el orden filosófico, o del pensamiento estético-filosófico, me ha gustado sobremanera su resonante libro «Estética del novecientos». Gente hay por esos mundos que lo alaba y lo denigra. La obra, fervorosa e inquieta, como suele ser casi todo lo que sale de la pluma incansable de Zum Felde, anotó cuestiones vitales en torno a un movimiento que traía mucho de noble y renovador en sus aguas y que, por contacto con la rica vitalidad del pensador, tuvo felices conexiones y hallazgos para su interpretación.

Ahora retorna Zum Felde a un modo suyo, el del contraste dramático, que le ha servido para crear un libro intenso y original. ¿Qué tema desenvuelve «Aula magna o la sibyla y el filósofo»? El tema eterno de los problemas del alma y los conflictos que su destino crea para la razón dialéctica y la conciencia que experimenta mayores necesidades que las que puede proporcionar el conocimiento sensible. El personaje simbólico es el Dr. Logus (que hace recordar un poco al Dr. Fausto), y en torno a él actúan figuras alegóricas como Maia, Sibyla, Didactin, Eleu, etc. Cada jornada está dividida por un «tiempo», sin duda para darle mayor unidad metafísica. Dentro de una forma densa y orgánica, el diálogo toma intención y matices socráticos; por momento parece que alentara en él el propio espíritu de Sócrates. Es claro que no tiene esa limpidez de penetración y atmósferas que suele darle a su dialéctica el gran griego (me expreso en presente porque el hijo de Sofronisco tiene esa esencialidad en la filosofía), valores que hizo del genio griego en general el mayor espectáculo y la más clara superación de la hermosura humana. El diálogo, como llevo dicho, trasunta las angustias y la preocupación espiritual del autor, permitiéndole engarzar distintas alegorías, necesarias al plan que desenvuelve. Es la razón dialéctica que se muerde a sí misma y retuerce las substancias más sensibles del corazón. El pensamiento, así, se constituye en el drama terrible a lo largo de la obra, padeciendo todas las torturas de nuestro tiempo intelectual. Ese es el pavoroso fantasma que agita el fondo ardiente del libro: el horror intelectual. El alma, los valores vivientes del ser, no son ni valen por su intensidad intelectual; es nuestra pobre cultura, los espantosos vacíos que ha creado en cada uno de nosotros la cultura intelectual, lo que mutila y deforma. Esto se ve a medida que se caldean los problemas y vacilan las esferas de las cosas. Sibyla, que sin duda encarna la voz de las viejas culturas, dice en los primeros párrafos:—«El sabe más de la idea de la rosa, que de la rosa misma». Lo dice

a Maia, que es la alegoría de la ilusión, ese eterno cambiante de todas las apariencias de la realidad; la misma diosa de la filosofía admirable de la India, «la ilusión siempre nueva y cada vez más sutil», el engaño que arde en todas las formas, que suplanta a las realidades y que es la raíz del falso conocimiento. Es, para nosotros, la evidencia de que el hombre se ha frustrado para el goce auténtico de las cosas; es decir, que ha desconectado su razón del misterio, del saber intuitivo, que no está aquí ni allí sino que se crea en la dimensión del ser.

No es posible desnudar en tan poco espacio todos los alcances del libro. Por eso tengo que limitarme a reflejarlos en algunas transcripciones. En el segundo «tiempo» dice el Maestro, que es personaje central:—«Bien sabes que la ojiva es enemiga del arco». Por la ojiva palpita el misterio nocturno y una intuición de eternidad parece suspender todas las cosas. El Maestro ordena que se cierre la ventana para que el alma no sueñe en esa inmensidad. No está allí la verdad ni es posible que trabaje en esas atmósferas la razón. No obstante esta imposición del dogmatismo racional, Sibyla, la vieja voz de las culturas milenarias, contesta de esta manera:—«Esa ventana estará siempre abierta para el que la busque. En vano sería cerrarla. En el corazón está el ángel que busca esa ojiva. Logra matar al ángel y la ojiva no existirá, aunque exista. Tampoco tú existirías si ella dejara de creer en ti. Creer y crear son idénticos». El Maestro no puede sino aferrarse a su razón de ser: encender todos los problemas fundamentales de la filosofía, exacerbando su crítica dialéctica. Como es lógico, aparece el vacío. La felicidad original de la vida se arrincona en los pobres desvanes del entendimiento. El aire dulce y armonioso de las claridades nocturnas se vuelve helado y lacerante. Una vez más cúmplase lo que dijo el Maestro a su discípula Eleu: «Está conmigo el que busca la verdad, no el que busca el consuelo».

Hay que reconocer que Zum Felde ha sabido, con recursos

vivaces y sobrios, animar los escondidos pormenores de la tragedia intelectual que la mayor parte de los hombres de nuestro tiempo lleva en su alma. Es difícil hacer camino en la selva obscura del conocimiento. Mas si se tienen rescoldos de una emotividad insuperable. La razón intenta gobernar y monta sus máquinas maravillosas para que su poder trascienda todas las limitaciones; la vida va siempre más allá de sí misma y abre cauces nuevos perennemente.

Este libro tiene ese valor de las alegorías que se juntan en el pensamiento para adquirir categoría de substancia humana. Es, por eso, un libro de ricos contenidos. Por más que la tragedia intelectual penetre todos los resquicios del entendimiento, queda en el fondo, como testimonio de la salvadora supervivencia de realidades más poderosas que el conocimiento sistemático, un ardor y un fervor insobornables que substancian nuestro sufrimiento. Por ese estremecimiento, que en alguna forma tiene eternidad dentro de los misterios de la vida, el alma consigue mantenerse fiel a sus asombros. Si perdiera tan exquisitas facultades, no subsistiría la esperanza en su angustia racional. Puesto que sobrevive, puesto que se desenvuelve parejamente a tan vastos desenvolvimientos de la conciencia, el conocimiento se enriquece con profundas y ardientes emanaciones de la Verdad.

Siempre será una fuente de resurrección saber que nuestro mejor poder es aquél que dimana de la raíz profunda de la existencia. Por más que el hombre se obstine en sus conquistas, lo substancial de ellas no está ni estará en lo que más le subyuga eufóricamente. Al respecto es siempre actual aquella famosa afirmación de Kant, el gigantesco creador del criticismo filosófico: «Dos cosas llenan el alma de admiración, siempre nueva y creciente, tanto mayor cuanto más y con más atención se fija el pensamiento en ellas: en las alturas, el cielo tachonado de estrellas, y en la conciencia, la ley moral».

Zum Felde conoce intensamente esa embriaguez y la tra-

duce al vivificar la atmósfera desgarrante de su obra. El final, para su conocimiento intuitivo, no podía ser sino la resurrección, que es una manera eterna del símbolo. El alma, en la medida de su fe, es un poderoso proceso de crecimiento, tanto más integral cuanto más pleno es el anhelo que la mueve. Así, es bueno saber que se es irrevocablemente algo Segismundo. Todos «soñamos lo que somos», pero a fin de crear nuevas dimensiones. Damos vueltas infinitas, nos sumergimos en todos los abismos y, contra lo mismo que creemos, una verdad se encadena con la otra para encendernos en círculos inacabables.

«Aula Magna» tiene ese valor de evocación y estremecimiento que le prestan intensidad y belleza. Es una obra profunda y removedora. Una vez más, y por cierto en un género expuesto incesantemente a la dureza o a la confusión, triunfa el talento claro y la destreza literaria de este prestigioso escritor uruguayo.—RICARDO TUDELA.



«DRY GUILLOTINE». (Guillotina Seca). Escrito en francés por René Belbenoit. Trad. inglesa de Preston Rambo. Prólogo de Milliam La Varre

La obra «Dry Guillotine» (Guillotina Seca) escrita por un expresidario de la Guayana Francesa y traducida al inglés en este año de 1938, pertenece por su espíritu a la misma categoría literaria de «La cabaña del tío Tom», «Ramona», «La Vorágine», y otros libros que, usando de un término terapéutico, pudieran llamarse revulsivos, porque parecen destinados a provocar reacciones de opinión en torno a determinado problema humano.

«Dry Guillotine» es la historia descarnada, cruda, escueta de un hombre que delinquiró y sobre el cual cayó, sin saña espe,